

Era de Magos parte 1 - Bautismo de Acero

Samanta Esperón



SAMANTA ESPERÓN

BAUTISMO DE ACERO

ERA DE MAGOS
PARTE I

Capítulo 1

|Prólogo

En una aldea de Tesar, año 3976

El gato negro subió a la mesa y comenzó a arrojar parte de lo que había sobre ella. Se estrellaron en el piso platos con restos de comida, vasos y varias botellas de vino.

—¿Por qué haces tanto ruido, gato? Estoy tratando de dormir —murmuró el humano, tapándose la cabeza con la manta.

—Si no bebieras tanto —dijo mientras empujaba otra botella con su pequeña pata—, podrías levantarte a una hora prudente, como el resto de la gente. Tengo hambre, humano, levántate, ya hace largo rato que es de día.

El gato bajó de la mesa y caminó con cuidado entre los trozos de porcelana rota. Saltó con agilidad sobre el canasto que cumplía la función de mesa de noche y se sentó, mirándolo fijamente.

—Si fueras un gato normal, cazarías ratones, como el resto de los gatos. Ya déjame dormir. —Sus palabras sonaban debilitadas por la manta que le cubría el rostro.

El gato saltó justo encima de su pecho, clavándole las uñas. No era necesario hacerlo, pero quería asegurarse que su humano se despertara de una vez, llevaba horas observándolo, esperando a que abra los ojos.

—¿Por qué haces eso? —se quejó y se sentó en la cama.

El gato se bajó de la cama, se sentó en el suelo y siguió observándolo. El humano estiró su mano hacia él.

—Ven aquí —dijo suavemente, chasqueó los dedos, pero el gato no movió ni un músculo—. Solo vienes a mí cuando me necesitas, eres un desagradecido.

El humano se levantó de la cama al fin, se lo veía enojado.

—¡Mira el desastre que has hecho! ¿Quién limpiará ahora?

—Tú. ¿Quién sino? No creo que yo pueda recoger algo, es anatómicamente imposible para mí —dijo mientras se lamía una pata.

—No sé por qué aún no te he echado a la calle.

—Porque me amas, es simple —contestó con cierta indiferencia.

—Eres un vanidoso, eso eres —dijo el humano y comenzó a recoger el desorden—. Es mi culpa. Si no te hubiera consentido tanto, serías un gato normal.

—Muy tarde, humano. Ya soy demasiado perezoso.

El humano continuó quejándose, pero se arrodilló y siguió con su trabajo. El gato se subió a una silla y maulló.

—¿Qué quieres ahora?

—Creo que ya te he dicho que estoy hambriento.

El humano se incorporó y lo miró, tenía un mechón de cabello gris en la cara, cubriéndole un ojo.

—¿Qué desea, su majestad? —El humano aún estaba derodillas, y bajó la cabeza, intentando hacer una reverencia.

—Pescado estaría bien. —El gato ni siquiera se dignó a mirarlo.

—Pues no hay. —Se incorporó, buscó un plato y le sirvió un poco de leche—. Ahí tienes, ahora déjame en paz.

El humano terminó de recoger lo que quedaba en el suelo y lo colocó en una canasta de mimbre, la que dejó junto a la única puerta de la pequeña y destartalada cabaña. Una helada ventisca se colaba entre las tablas de las paredes. Caminó tambaleándose hasta la mesa y tomó una botella que aún tenía un poco de vino, bebió lo que quedaba y regresó a su cama. Al poco rato, roncaba como si nada hubiera perturbado su sueño. El gato saltó junto a él y se acostó a sus pies.

A media tarde, un rayo de sol daba justo sobre la cama. El gato estiró sus patas delanteras y expuso su vientre al calor del sol. El humano aún roncaba y no parecía que fuera a despertarse hasta la medianoche, como era su costumbre. Hacía muchos años ya que sus días pasaban de igual forma. Después de uno o dos días de borrachera, le seguía un día de lamentos, llantos y quejas.

“Vivo sin vivir” solía decir su humano entre sollozos.

Luego, llegaban las promesas. Trabajaba diez días y al siguiente, llegaba apestando a vino barato, con varias botellas debajo del brazo y un gran pescado para su compañero felino.

Las horas pasaron y de a poco las estrellas comenzaron a hacerse visibles, brillando tímidas al principio y, a medida que el cielo se iba oscureciendo, su pequeña luz cada vez cobraba más fuerza.

El gato se estiró y fue a sentarse junto a la ventana, ronroneando. A través del sucio vidrio podía ver el suave parpadeo de los pequeños y lejanos astros. Hacía varios días que las grises nubes llenas de nieve cubrían el cielo y, luego de dejar caer sus blancos copos, partieron hacia el norte. Las noches estrelladas le recordaban los tiempos en que su humano era feliz, antes que la guerra se llevara con ella todo lo que amaban.

Al finalizar la guerra, las cuatro naciones firmaron la Ley de Protección contra la Magia y, desde ese momento, ambos tuvieron que ir de pueblo en pueblo, escondiéndose y huyendo como criminales. Habían salvado al mundo de un terrible destino y, aun así, habían sido condenados amuerte.

Tenía la certeza de que algún día su humano iba a encontrar un motivo para disfrutar su vida nuevamente, pero no sabía cuándo sucedería. Ansiaba que ese día llegue pronto, ya que le dolía en el alma ver a su humano en esas condiciones, viviendo solo para que él no se quede solo. Muchas veces el gato había pensado en marcharse, pero sabía que el humano moriría de tristeza, ya había perdido demasiadas cosas.

Cuando la luna asomó entre la copa de los árboles perfecta, redonda y blanca, el momento que tanto había deseado el gato, al fin llegó. Primero, una suave melodía comenzó a oírse y, luego, se convirtió en una dulce voz que susurraba.

Próximo está el día en que la era de los astros sea restaurada.

El renacimiento comenzará en la ciudad de Efos, dios Sol, hasta que la tierra toda sea bendecida con el poder de Sol, Luna y Estrellas.

La ciudad donde la codicia ha echado raíces será maldecida hasta el fin de la tiranía.

No existe la luz sin que exista la oscuridad, no existe el bien sin que exista el mal.

Siempre que haya un ser oscuro no temas, Lobo Blanco

dos seres de luz tus pasos seguirán.

El humano se sentó en la cama, sobresaltado. El gato ronroneó feliz.

—¿Has oído, gato? Llegó la hora.

—Lo he oído. —El gato saltó a la cama y volvió a hacerse un rollo entre las mantas revueltas.

—Levántate, perezoso. Tenemos trabajo que hacer —dijo el humano. Abandonó la cama de un salto y comenzó a guardar algunas de sus pocas pertenencias en una bolsa de cuero, que luego colgó en uno de sus hombros. Cogió una canasta con tapa, le sacudió el polvo y puso una manta limpia dentro de ella.

—¿Hacia dónde iremos? —preguntó el gato, sin moverse.

—Palmeras, gato. Un largo viaje hasta Palmeras.

—Sol, calor... Acaríciame el lomo, humano —ronroneó el gato.

El viejo hombre rio y le rascó el lomo. Luego de unos minutos, el gato se metió en la canasta, el hombre la cerró y la colgó en su hombro libre. Antes de dejar la casucha deteriorada que habitaba, cogió una maceta con una diminuta planta de hojas grises.

La nieve le llegaba hasta las rodillas cuando salió pero, aun así, el hombre cantaba.

Capítulo 1

Pyebra Ciudad Capital, año 3996

El viento huracanado que envolvió su cuerpo hizo que su vestido negro revolotee a su alrededor y su cabello flote como si la gravedad no le afectara. Las ramas de los arbustos que había a su alrededor se balancearon de lado a lado y algunas de sus hojas se desprendieron de ellas. En una de las manos de la Señora Viktoria pareció como si una pequeña tormenta se hubiera formado en su palma. Luego de esperar unos segundos a que la energía se condensara y pudiera manipularla, levantó su mano y un rayo de luz blanca salió expulsado de ella.

Lehsa abrió los ojos al doble de su tamaño y, en una mezcla de miedo y desesperación, cruzó los brazos delante de él y escondió su cabeza. El rayo rebotó en el escudo invisible que había creado, se desvió hacia un

costado y la rama de un árbol se desprendió después del impacto.

«Demonios, me hubiera abierto el pecho como a una maldita cabra» pensó.

—¡Lehsa, abajo! —Escuchó que alguien gritaba detrás de él.

El joven se arrojó al suelo hecho un ovillo y una bola de fuego del tamaño de la rueda de una carreta pasó por sobre su cabeza. Cuando miró hacia atrás, vio que Tareq estaba acercándose a él. Lo ayudó a levantarse y ambos vieron cuando la mujer levantó ambas manos. La esfera detuvo su recorrido en el aire, aunque seguía girando. La Señora Viktoria sonrió y la esfera comenzó a aumentar lentamente su tamaño.

—¿Serán capaces de detenerla? —exclamó riendo—. No deberían jugar con fuego, podrían quemarse.

La Señora Viktoria arrojó la esfera hacia los jóvenes.

Otra vez el terror se apoderó de Lehsa, que giró a ver a Tareq y vio en su rostro que él se sentía de igual forma.

—¡Corran! —Una pequeña mano jaló las mangas de sus túnicas y los jóvenes retrocedieron sin poder quitar los ojos del pequeño sol que se acercaba a ellos. Lehsa pudo sentir el calor en su rostro y en su mente apareció la imagen de su cuerpo cocinado.

«Vaya forma estúpida de morir. Maldito Tareq, que ocurrencia más ridícula ha tenido».

Comenzaron a correr, intentando alejarse de la Señora Viktoria, cuando la tierra se sacudió bajo sus pies y un sonido atronador lo sorprendió. Lehsa cayó al suelo y sintió su rostro estrellarse en la hierba. El golpe en el pómulo y la frente lo aturdió por unos momentos, pero debía continuar escapando. Se arrastró unos pocos metros y giró para ver detrás de él. Un muro de tierra sólida se elevaba varios metros por encima de la superficie, limitando su visión, y agradeció a los dioses que ya no podía ver a la Señora Viktoria. Se sentó en la hierba, aún sin haber recuperado la capacidad de oír, y miró con más detalle el muro. Se había formado una protuberancia allí donde la bola de fuego había impactado.

—Lehsa, ¿estás bien? —La voz de Tareq se escuchaba tan lejos que no sabía si lo había imaginado o si de verdad estaba oyéndolo hablar. Giró la cabeza y vio que Tareq estaba a su lado, tan cubierto de polvo, sangre y suciedad como estaba él. Asintió y se puso de pie apoyándose en su compañero.

Nihá y la pequeña Idris estaban de pie junto a la muralla, con sus ojos fijos en el muro de tierra. Oyó la lejana voz de Tareq llamar a Nihá y vio que ella movía los labios mientras se acercaba, pero no fue capaz de escucharla.

Idris dio la vuelta y comenzó a caminar hacia ellos pero solo dio unos pasos cuando la vio caer de cara al suelo.

Una porción de tierra se desprendió del muro y cayó sobre ella, sepultándola por completo. Los sonidos regresaron de pronto, mientras corrían hacia donde estaba la niña; a Lehsa le sorprendió el murmullo que emanaba desde las entrañas de la tierra bajo sus pies.

Los jóvenes llegaron, comenzaron a excavar con sus propias manos en busca de Idris y Lehsa sintió la tierra húmeda meterse debajo de sus uñas.

—¡Señora Viktoria! —Una voz masculina llamó desde algún lugar detrás de ellos—. El Señor Reda ha regresado.

—Excelente. —Se oyó desde el otro lado de la muralla—. Hemos terminado por hoy. Pueden retirarse.

—Idris está enterrada, Señora —dijo Tareq, con desesperación, sin dejar de excavar.

La tierra que había formado el muro frente a ellos comenzó a regresar a su lugar, incluso la tierra que había cubierto a Idris. La pequeña estaba hecha un ovillo y tenía las palmas de sus manos hacia arriba, como si estuviera sosteniendo algo invisible. Abrió los ojos en cuanto vio que estaba siendo liberada y, cuando notó que ya no estaba en peligro, bajó las manos. La tierra que aún quedaba sobre ella cedió unos centímetros y cayó sobre su túnica.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Tareq. La niña asintió mientras se quitaba de encima los restos de hierba y tierra de su túnica.

Cuando la Señora Viktoria llegó hasta ellos, los cuatro estaban de pie e hicieron una reverencia al verla.

—Buen trabajo. —Les dijo con una sonrisa y luego se alejó.

Lehsa miró a su alrededor y vio que algunos árboles estaban torcidos y sus raíces expuestas. Había lugares entre la vegetación que estaban quemadas por completo y en su lugar solo habían quedado cenizas y humo.

Habían destruido uno de los jardines del Palacio de Las Hojas en el entrenamiento.

Viktoría caminó por la alfombra aterciopelada que cruzaba la Sala Dorada de una punta a la otra sin que sus pies descalzos la delaten. El Rey Kirios Almairon estaba sentado en su trono y, frente a él, se encontraba Reda, su hermano gemelo. Ninguno de ellos se percató de que la mujer había llegado hasta que estuvo a pocos centímetros.

—¿Has tenido un buen viaje, Reda? —preguntó a modo de saludo.

—Mi Señora —dijo bajando el mentón—. Por supuesto. En los próximos días arribarán cerca de cincuenta magos, todos los que dieron sus nombres. Esta vez, todos ellos quisieron seguirla, mi Señora.

—Eso es excelente —exclamó el Rey y Reda asintió.

—He visto que han destruido los jardines, mi Señora, es una pena.
—Reda, la miró fijamente.

—Así es —respondió sin apartar la mirada—. ¿Te imaginas lo que podrán hacer mis muchachos cuando lleguemos a Sitnor?

—Hablando de eso... Reda, deberás bajar hasta Sitnor pronto —dijo el Rey—. Ya tenemos allí a quien nos ayudará.

—Por supuesto, cuando me lo digas. Si me disculpan, me retiraré a descansar.

—Sí, adelante —dijo el sonriente Rey.

Reda se retiró y la Señora Viktoria se acercó a su esposo.

—Luz de mis días —dijo susurrando en su oído— serán dos.

—¿Estás segura? —El Rey se removió en su silla, tratando de encontrar sus ojos con la mirada.

—La diosa Thara, madre de todo, me lo ha dicho. Una niña y un niño.
—Viktoría acomodó su negro y largo cabello. Notó que su esposo no esperaba una noticia así, hacía poco tiempo le había dicho que sería padre, y eso lo había hecho inmensamente feliz. Él le había confiado que deseaba que fuera un niño fuerte e inteligente para que en el futuro, cuando la diosa Zarba decida que sus días han acabado, pueda gobernar

su imperio.

—¿No dirás nada? —Viktoría se sentó en su falda y le rodeó el cuello con sus delgados brazos.

—Estoy sorprendido y encantado con la noticia. Imagínate. Dos niños fruto de nuestro amor. —El Rey la besó en los labios.

—Debo viajar a Puerto Bahía —dijo Viktoría al cabo de unos minutos.

—¿Cuándo regresarás?

—En poco más de un mes. Los niños deben nacer aquí.

Tendré tiempo de descansar y recobrar fuerzas para esperarlos.

—Deberíamos comenzar a buscar una nodriza.

—No, yo los alimentaré —dijo mientras sus largos y delicados dedos jugaban con el cabello de su esposo—. No quiero que alguien más lo haga, luz de mis días.

—¿Podrás con los dos? —El Rey lucía preocupado.

—Por supuesto. La Madre Thara no me bendeciría con dos niños si creyera que no soy capaz de hacerlo. —Se puso de pie y se acercó a la ventana. Una ráfaga de aire cálido le alborotó el cabello.

—¿Cuándo partirás? —preguntó. Se acercó a ella por detrás y colocó las manos sobre el pequeño vientre que gestaba a sus herederos.

—En dos días. Una vez que nazcan los niños, retomaré los viajes. Iré a los poblados más pequeños, tenemos que recorrer cada rincón de Pyebra para sumar más gente a nuestra causa.

—Admiro tú valentía y tú decisión —dijo el Rey y ella sonrió complacida.

A través del ventanal se veían los selváticos jardines del Palacio de Las Hojas. Lo habían llamado así por la gran cantidad de plantas y árboles con enormes hojas que lo rodeaban, y desde su entrada, era lo único que se veía. Tenían que acercarse a escasos metros para distinguir la intervención del hombre en el paradisíaco paisaje. El clima tropical hacía que la vegetación crezca abundante, con hermosos y llamativos colores y aves de distintos tamaños y brillantes plumajes de todas las tonalidades alegraban las mañanas con su dulce cantar.

